

FIN DE SEMANA

MAÑANA, CON LA VOZ



Extra Voz vuelve a los tiempos de la EGB

La revista Extra Voz, que se entrega mañana gratuitamente con La Voz, lleva a su portada el reportaje de apertura sobre el éxito del libro *Yo fui a EGB*, de Javier Ikaz y Jorge Díaz, que recupera el universo de quienes estudiaron con aquel sistema de enseñanza entre los años 70 y 90. Llevar un verdugo cuando hacía frío, conocer el sabor de una goma Milán, contestar al teléfono con un *digamelón*... son referencias de una época que los autores devuelven a la actualidad. Extra Voz también se ocupa de los modistos gallegos que visten a equipos de fútbol y entrevistas a la escritora Carolina Cutolo.

LOOK DE «CHICA NORMAL»

MARÍA PIÑEIRO
REDACCIÓN / LA VOZ

La duquesa de Cambridge, Catalina, fue el jueves por la noche el centro de todas las miradas en el estreno en Londres del documental sobre la vida de Nelson Mandela, donde precisamente se enteró de la muerte del líder sudafricano.

Con motivo de la gala, Catalina lució con un vestido largo de Roland Mouret del 2009. El modelo era entallado en color marfil, cuello barco, manga farol, cintura marcada por un corte y abertura en la pierna izquierda hasta medio muslo (que ya había estrenado en mayo del 2012); la princesa lo aderezó con un peinado informal —cola de caballo despeinada, algo cardada y atada con una cinta negra de terciopelo—, unos zapatos negros y un *clutch* del mismo color, muy discreto. Sin embargo, el toque definitivo era un collar de cinco vueltas de unos bri-

llantes en degradé que resultar ser una bisutería de Zara, que se vende en Gran Bretaña por 25 euros. La prensa



Alta costura y «low cost». Catalina, igual que otras princesas, mezcla modelos de alta costura con otros «low cost». Así, llevaba un espectacular modelo del francés Roland Mouret adornado con un llamativo collar de Zara que cuesta unos 25 euros. La joven duquesa quiso dar así un toque informal y juvenil a su conjunto.
REUTERS

británica destacó que teniendo uno de los mejores joyeros del mundo, siga optando por un look de «chica normal».

NUEVO ESCÁNDALO

Bieber, arrestado en un control antidrogas en Australia

REDACCIÓN / LA VOZ

El escándalo persigue al cantante canadiense Justin Bieber allí por donde pasa. En este caso, según publica el diario *The Daily Telegraph*, el origen de la trifulca fue uno de sus guardaespaldas, al que interceptaron entre sus pertenencias una cierta cantidad de cannabis en un control rutinario en el aeropuerto de Brisbane. La megaestrella, de tan solo 19 años, habría sido detenida por la policía federal australiana (junto con parte del amplio equipo que lo acompaña en sus tours) tras protagonizar un incidente con los funcionarios de aduanas.

Según el relato del periódico, Bieber fue amonestado por su lenguaje ofensivo con una oficial durante el registro. Habría perdido los nervios cuando los agentes lo instaron a quitarse el sombrero y las gafas de sol en el control, realizado el pasado 24 de noviembre. Además, entre insultos, trató de imponer su posición de celebridad del pop para que los dejaran en paz.

EL ZAGUÁN DEL SÁBADO Doktor Pseudonimus

Si la pena no muere, ¿hay que matarla?

El último Zaguán terminaba dejando en el aire una pregunta: ¿qué se puede, qué se debe hacer ante la pena? La respuesta nos llega, contundente, desde el ex-libris de un famoso. «Si la pena no muere, se la mata». Es lo que dice el ex-libris con el que don Gregorio Marañón etiquetaba todos los libros de su bien nutrida biblioteca. Y ahora, al traerlo aquí, percibo que esa respuesta no solo me sorprende sino que también, en cierto sentido, me incomoda. Porque no me parece propia de un médico y menos aun de quien tantas veces fue calificado como médico humanista. Suena un poco a prepotencia de Superman. A metralleta. Y además, ¿qué sentido tiene eso de matar una pena? La pena y su inevitable corolario, la tristeza, no es un dolor de muelas que se extirpa de una vez con tenazas y un tirón. Ni es tampoco una sensación como el hambre o la sed que se sacian sin dejar rastro con un vaso de agua o un trozo de pan. La tristeza es una emoción básica del ser humano. Como lo son la alegría o el amor. Algo que nos obliga a mirar hacia dentro, a interrogarnos sobre nosotros mismos y sobre los demás. En la segunda parte del Quijote puede leerse: «Las tristezas no se hicieron para las bestias sino para los hombres». Eso es bien cierto. Tengo para mí que si algún día la farmacología —o la neurocirugía— consiguie-

sen eliminar toda forma de tristeza ya no seríamos seres humanos. Seríamos otra cosa. En este asunto, más sabio me parece Machado que el supersabio Marañón. Oigámoslo una vez más en «Yo voy soñando caminos...

“En el corazón tenía la espina de una pasión; logré arrancármela un día, ya no siento el corazón”
[...] *Mi cantar vuelve a plañir: “Aguda espina dorada, quién te pudiera sentir en el corazón clavada”*

La tristeza y el duelo no piden destrucción. Piden consuelo. Y con-solación etimológicamente significa algo así como sacar a la tristeza a tomar el sol. Esa es la cuestión. Saber decir *bonjour tristesse*. Hacer de tripas corazón, tomarla de la mano y llevársela de paseo por ahí.

Hoy hay una doble conjura contra la vivencia auténtica y profunda de la tristeza y del duelo. De un lado está la tendencia a meter cualquier forma de tristeza en el saco terrible de la depresión. Pero la depresión es siempre destructiva y la tristeza no. Bien cerca tenemos el ejemplo. Sin la amorosa convivencia con la tristeza Rosalía de Castro no sería Rosalía. De otro lado está la banalidad de lo políticamente correcto. Esa obliga-

ción social de aparentar ser felices, optimistas y simpáticos. Estar triste ha llegado a ser signo de fracaso o de mala educación.

Pero ahora dejamos a los conjurados para un próximo zaguán y nos volvemos a don Gregorio Marañón. Todavía recuerdo la emoción con que acudí a verlo y oírlo conferenciar por primera vez en mi vida. Debí de ser mediada la década de los cincuenta. Vino a Santiago invitado por don Manuel Suárez Perdiguero. La conferencia tuvo lugar en aquella joya que era el Salón Artesonado de Fonseca y versó sobre una hormona recién descubierta como fármaco: la cortisona. Don Gregorio estuvo claro y preciso, pero no deslumbrante. Recuerdo que en momento alguno se ayudó de ningún tipo de proyección. Solo había pedido una pizarra y unas tizas. Y así fue. *Comme il faut*. El auditorio, pendiente todo el tiempo de las palabras, el humor y el más mínimo gesto del orador. Con solo dos o tres excursiones al tablero negro para cambiar el ritmo, pero siempre sin perderse el hilo del discurso en distraccio-



ILUSTRACIÓN PILAR CANICOBA

nes audiovisuales.

Y ahora como despedida ahí les va una pequeña aportación personal al conocimiento de la genealogía del ya famoso ex-libris. El estoicismo radical de la sentencia podría hacernos pensar que nos llega desde Séneca o Marco Aurelio. O al menos desde un Marañón ya maduro y de vuelta de muchas experiencias.

Pues resulta que ya lo encuentro en un poema juvenil del propio Marañón. En el poema, por lo demás bastante ripioso, puede leerse:

Con tu espuela de plata/ no des pausa al corcel de la ilusión/ si la pena no muere se la mata/ ¡arriba corazón!

¡Arriba corazón!, *isursum corda!* Está muy bien. Pero el corazón no es un ascensor en el que se pulsa un botón y sube automáticamente al sexto piso. Hace más de tres siglos nos fue dicho: «Le coeur a ses raisons que la Raison ne connaît point, on le sait en mille de choses». Afortunadamente, eso sigue siendo hoy igual de cierto.